

Pasado el mañana: los estudios literarios en la edad de la globalización

Past the tomorrow:
literary studies in the age of globalization

Após do amanhã:
os estudos literários na era da globalização

Fecha de entrega: 15 de diciembre de 2013

Fecha de evaluación: 15 de abril de 2014

Fecha de aprobación: 13 de junio de 2014

*Nil Santiáñez**

Resumen

El presente artículo nos interpela acerca de si vivimos en un período de transición épocal que requiere nuestra inmediata atención. La crisis financiera de 2008 y sus dramáticas consecuencias en la vida de millones de ciudadanos de las dos principales potencias económicas del planeta —la Unión Europea y Estados Unidos— han revelado, para quien todavía necesitara pruebas de ello, la naturaleza global

* Doctor de la University of Illinois at Urbana-Champaign (Saint Louis, Missouri) de donde igualmente es profesor de literatura. Ha investigado sobre teoría literaria e historia de la literatura española y europea; igualmente son temas de su interés la cultura global y el fascismo, de ahí que muchos de sus libros respondan a dicha temáticas y del mismo modo sus numerosos artículos, los cuales han sido publicados en importantes revistas del mundo. Correo electrónico: nilstio@slu.edu

de los cambios sistémicos operados en el mundo desde la década de 1980. Todos los indicadores señalan que el período histórico conocido como modernidad ha llegado a su fin.

Palabras clave: globalización, política, ética, liberalismo.

Abstract

This article questions if we live in a period of epochal transition that requires our immediate attention. The financial crisis of 2008 and its dramatic consequences in the life of millions of citizens in the two world's largest economies —the European Union and the United States— have revealed, for those who still need proof, the global nature of the systematic changes operated worldwide since the 1980's. All indicators point out that the historical period known as modernity has come to an end.

Keywords: globalization, politics, ethics, liberalism.

Resumo

Este artigo interpela-nos sobre o assunto de se vivemos num período de transição de época que requer nossa atenção imediata. A crise financeira de 2008 e suas consequências dramáticas para a vida de milhões de cidadãos das duas maiores potências economias do mundo - a União Europeia e os Estados Unidos- têm revelado, para aqueles que ainda precisam de provas disto, a natureza global das mudanças sistêmicas operados em todo o mundo desde a década de 1980. Todos os indicadores apontam que o período histórico conhecido como modernidade tem chegado ao seu fim.

Palavras-chave: globalização, política, ética, liberalismo.

Introducción

El desmantelamiento del estado del bienestar en Europa, la brecha entre la casta política y la ciudadanía, la crisis —acaso irreversible— del liberalismo político, la pérdida de legitimidad de las instituciones democráticas, la lenta pero de momento imparable erosión de las clases medias así como el empobrecimiento de la mayor parte de la población para beneficio de una minoría de ricos, la hegemonía del discurso económico y de un neoliberalismo radical, la carencia de discursos políticos revolucionarios y utópicos que canalicen el malestar social, la tensión entre comunidades étnicas y culturales en un mismo territorio y, sobre todo, la pérdida de soberanía del estado-nación son, todos ellos, elementos constitutivos de la globalización que, de un modo o de otro, piden de nosotros una mayor implicación en la vida social, cultural y política. Así lo ha entendido un número creciente de activistas políticos y de ciudadanos en todo el planeta implicados en movimientos contestatarios. La gestación de una nueva geografía política del mundo ha tenido como consecuencia principal la pérdida de referentes y la consiguiente desorientación del ser humano. Hoy día, las personas “[...] se mueven sin tener un objetivo concreto, inmersos como están en la incertidumbre y la ansiedad que caracterizan el mundo global” (Galli, 2010, p. 114)¹. Los mapas cognitivos empleados hasta la fecha para orientarnos han perdido su validez; actualizarlos no servirá de mucho, pues el momento histórico que deberían describir está creando, de hecho, las condiciones de posibilidad para la articulación de nuevos modelos epistemológicos. El presente demanda nuestra atención, exige de nosotros una mirada, digamos, ética y política hacia fenómenos relacionados con una nueva espacialidad y con nuevas constelaciones de relaciones espaciales; de ahí la importancia de tener en cuenta el espacio en cualquier reflexión sobre la edad de la globalización.

Este ensayo esboza una respuesta a la apelación del presente dentro del marco de mi disciplina académica, esto es, la de los estudios literarios y culturales. Dada la desorientación y el sentido de crisis que dominan hoy día en este ámbito del saber, dada también la tendencia de los especialistas en literatura a dejarse “embrujar” —como diría Wittgenstein— por el lenguaje, la dirección de estas páginas es más descriptiva que prescriptiva: mi propósito principal es poner en claro algunos factores importantes de los estudios literarios vis-à-vis una nueva producción de espacio que afecta no solo las investigaciones de los críticos e historiadores de la literatura, sino también, y de

1 De no indicarse lo contrario, en este artículo, todas las traducciones al castellano son mías.

manera especial, su actividad docente. No se espere de este trabajo, por lo tanto, el desarrollo sistemático de propuestas novedosas o la defensa de teorías. La apertura de posibilidades conceptuales y de prácticas docentes, el esbozo de reglas de formación y de articulación, la descripción de emplazamientos nuevos y de resistencias pertinaces, la discusión del desajuste entre algunas prácticas académicas hegemónicas y nuestra vivencia del mundo serán algunos ejes en los que girarán las páginas que siguen. Mi posicionamiento es precario; si tuviera que describirlo en pocas palabras, diría que se ubica en el campo de una perplejidad.

Empezaré con una breve explicación del posicionamiento al que me acabo de referir. Como sucede, imagino, con muchos otros historiadores y críticos literarios, me encuentro en una situación que, a falta de otra palabra mejor, denominaré *aporética*. Me explico. En su reelaboración del concepto de horizonte tal como lo desarrolló Edmund Husserl (1962, §§ 27, 28, 44, 47, 82, 83; 1991), la fenomenología hermenéutica nos ha enseñado que recobramos el pasado desde el horizonte comprensivo del presente. Según Hans-Georg Gadamer, “[...] uno tiene que tener siempre su horizonte para poder desplazarse a una situación cualquiera” (1991, p. 375). Por *horizonte* hay que entender aquí —y cito de nuevo a Gadamer— el “[...] ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto” (1991, p. 375). Comprender los hechos históricos no consiste en reproducir el pasado tal como suponemos que sucedió ni tampoco imponer nuestros prejuicios de manera acrítica, indiscriminada, sin revisión. En su diálogo con la historia, el sujeto se acerca a los eventos y a los actores del pasado de manera reflexiva: hay que escuchar lo que el otro tiene que decírnos, hemos de abrirnos a la posibilidad de una experiencia (Gadamer, 1991, pp. 435-39). Lo que Gadamer denomina “horizonte hermenéutico” es en rigor un horizonte del preguntar, un dejar que el pasado nos hable (1991, pp. 447, 452). A su vez, el horizonte hermenéutico no es algo estático; al contrario, está en permanente transformación:

La movilidad histórica de la existencia humana estriba precisamente en que no hay una vinculación absoluta a una determinada posición, y en este sentido tampoco hay horizontes realmente cerrados. El horizonte es más bien algo en lo que hacemos nuestro camino y que hace el camino con nosotros. (Gadamer, 1991, pp. 374-75)

Más acá de su diversidad, los horizontes del comprender guardan una consistencia interna, tienen unas reglas de formación y articulación imbricadas en la inmanencia de su época.

Todo estudiioso de la historia, en nuestro caso de la literaria, está obligado a reflexionar sobre su horizonte. Ahora bien, ¿qué sucede cuando el resultado de esa reflexión cuestiona las reglas de articulación de los horizontes desde los cuales la hemos estudiado?; ¿qué pasa cuando los saberes adquiridos en el aula, en los libros, en la práctica docente y ensayística dejan de tener sentido porque ha surgido un horizonte que modifica, de manera radical, las condiciones de posibilidad de nuestra actividad intelectual?; ¿qué hacemos cuando, a causa de una constelación de cambios sistémicos en las esferas de la economía, de la política, de la subjetividad, de las relaciones sociales y de los intercambios culturales, nos encontramos, de pronto, en un horizonte inestable, todavía en formación, que requiere nuevos modos del mirar? No podemos prescindir completamente de los saberes adquiridos, interiorizados y desplegados a lo largo de los años. Pero tampoco es posible sustraerse a un horizonte que mina esos mismos saberes y esas mismas prácticas. Ahí radica la situación aporética que mencioné antes. Es una aporía que, de algún modo, refracta el paradójico emplazamiento de la Modernidad: cuando está en su plenitud, en el mismo instante en que se realiza a sí misma al expandirse por todo el planeta, la Modernidad se disuelve y se transforma en *otra cosa*. Esa *otra cosa* es la determinación de nuestro nuevo horizonte (contrástese con Bauman, 2012; Beck, 1997; Beck, Giddens y Scott, 1994; Giddens, 1990; Wallerstein, 1974, 1980, 1989).

Varios estudiosos han explorado el impacto de la globalización en los estudios literarios y culturales. Lo han hecho, dicho sea entre paréntesis, con cierto retraso si tomamos como punto de referencia el trabajo realizado desde hace más de veinte años por polítólogos (Held *et ál.*, 1999; Hirst, 1997; Hirst y Thomson, 1999; Scholte, 2000), economistas (Stiglitz, 1999) y, sobre todo, sociólogos (Beck 1997; Giddens, 1990; Harvey, 2009; Sassen, 1991, 1996; Sklair, 1991; Wallerstein 1974, 1980-79, 1989); son ellos, y no los especialistas en literatura o en cultura, quienes han monopolizado los debates sobre la globalización (Connell y Marsh, 2011, p. 94; Gupka, 2009, p. 6), lo cual ha resultado en un retrato bastante parcial de un fenómeno que excede el campo de las relaciones económicas y políticas. Dicho esto, todavía carecemos de un examen detenido de la aporía recién comentada. Por lo común, los textos analizados por críticos como Gayatri Spivak (2003, pp. 71-102), Suman Gupta (2009, pp. 151-70),

Paul Jay (2010), David Damrosch (2009, pp. 105-24) y Pascale Casanova (2004, pp. 164-72) para desarrollar sus proposiciones sobre la globalización y la literatura son contemporáneos. Esta opción metodológica respeta de alguna manera la cronología de la globalización: con independencia de sus orígenes o de sus causas, suele acordarse que el momento de ruptura con la modernidad se dio a partir de la década de 1980. Mucho me sospecho que esta limitación está de alguna manera determinada, también, por la ahistoricidad implícita en el concepto de “globalización”: el “globo”, como nos recordó Jacques Derrida hace unos años (2011, p. 123), carece de memoria. Sigue, sin embargo, que la globalización no es meramente un ámbito que abarca la producción cultural coetánea; tampoco es un momento histórico externo a nosotros y susceptible de estudio como lo puede ser la Antigüedad clásica, la Edad Media o el Renacimiento. Los procesos de globalización no son algo externo a la mirada crítica, sino su condición de posibilidad. Esto es algo muy importante. Cuando analizan la literatura en la edad global a partir del estudio de artefactos literarios contemporáneos, críticos como los citados anteriormente se limitan a unos contenidos específicos de la globalización, desatendiendo así una exploración metateórica, a mi ver imprescindible, para comprender nuestra cultura y nuestro mundo. Para decirlo con otras palabras, la pregunta no debería ser solo acerca el efecto de la globalización en la literatura y en la cultura actual, sino también sobre sus repercusiones en nuestra mirada crítica en torno a cualquier producto literario y cultural de cualquier época histórica. Por eso mismo, lo que aquí me interesa es precisamente la reflexión metateórica sobre los modos del mirar literario y cultural constituidos por el “dispositivo” (Foucault, 2001, pp. 299-302, 1059-62), todavía en estado de formación, de un mundo en proceso de globalización. La mundialización del mundo está modificando decisivamente la instituciones, el significado y la función de la disciplina de los estudios literarios, lo cual nos obliga a replantearnos nuestro lugar y nuestra función como enseñantes y como investigadores; nos fuerza, en definitiva, a explorar la estructura de un nuevo horizonte, que llamaré, adoptando un concepto propuesto por Zygmunt Bauman en su libro *Liquid Modernity* (2012: 1-15).

Para que se entienda bien mi análisis de ciertas corrientes de los estudios literarios actuales, así como mi punto de vista y mis conclusiones, es necesario repasar antes dos dimensiones fundamentales de la globalización: su nueva producción de espacio y su determinación de nuevas subjetividades. Como se verá, ambas dimensiones han convertido en anacrónica la práctica de un área de los estudios literarios todavía hegemónica a pesar de todas las críticas que ha recibido, especialmente desde el

ámbito de la literatura comparada: me refiero a la disciplina que centra en estudiar la literatura nacional de un país o de un territorio determinado.

Parto de la premisa, desarrollada por Henri Lefebvre (2000), David Harvey (1989, 2009), Neil Smith (2008), Edward Soja (1989, 1996) y otros geógrafos culturales, de que el espacio es un producto social a la vez que una gramática que determina todo tipo de actividad. Según la conocida formulación de Lefebvre, nuevas relaciones sociales requieren un nuevo espacio y viceversa (2000, p. 72). A un modo de producción determinado le corresponde, sostiene Lefebvre, un modo de producción de espacio (2009, pp. 223-53). Toda revolución genera, junto a una nueva red de relaciones políticas, económicas, culturales y sociales, su propio espacio. La globalización, en su paulatina transformación de todos los niveles de la existencia, genera un nuevo espacio y nuevas relaciones espaciales.

Aunque parezca extraño, en los estudios de la globalización, el espacio no ha merecido tanta atención como las cuestiones relacionadas con la política, la economía y la sociología. A veces se tiene incluso la impresión de que críticos, por lo demás sofisticados, consideran el espacio como un mero receptáculo, como una cosa en sí. Son dos los teóricos que han elaborado un sofisticado aparato conceptual, terminológico y teórico sobre el espacio en la edad de la globalización: Peter Dicken (2007) y Saskia Sassen (2008). A esos dos teóricos habría que añadir Carlo Galli (2010), Michael Hardt y Antonio Negri, en cuya trilogía sobre el imperio (2000), la multitud (2004) y la *commonwealth* (2009) se discuten importantes cuestiones espaciales, y, por supuesto, Manuel Castells y su monumental obra sobre la “edad de la información” (2010a, 2010b, 2010c), en la que propone, entre otros conceptos para describir la nueva espacialidad, la noción de “espacio de flujos” (*space of flows*). Debido a que este no es el lugar para discutir en profundidad la producción de espacio en la edad de la globalización, he optado por resumir los postulados básicos del libro de Saskia Sassen *Territory, Authority, Rights* (2008). En la versión revisada de 2008 (el libro se publicó en 2006), Sassen ha desarrollado uno de los modelos más completos para entender el espacio en la edad de la globalización. Entre muchas otras razones, la lectura de Sassen es muy importante porque demuestra que el Estado-nación, lejos de desaparecer como sostienen algunos estudiosos (v.g. Appadurai, 1996), sigue desempeñando un papel importante; eso sí, el Estado-nación ha adquirido nuevos contenidos y una nueva función como resultado de la globalización, fenómeno

importante tanto para cartografiar el lugar de los estudios literarios en la edad de la globalización como para determinar su función social y política.

Según Sassen, desde la década de 1980 estamos viviendo una fase histórica de cambio epocal caracterizada por la pérdida de hegemonía del Estado-nación y la consolidación de una “proliferación de órdenes” (2008, p. 1). La globalización consiste, para Saskia Sassen, en “[...] una enorme variedad de microprocesos que desnacionalizan lo que se construyó como nacional” (2008, p. 1). La globalización, la digitalización, la creciente importancia de las luchas por los derechos humanos y la protección del medio ambiente, así como la transnacionalización de identidades son factores básicos que contribuyen a la desnacionalización del Estado-nación (2008, p. 23). A diferencia de una tendencia importante en los estudios sobre la globalización, Sassen no ve lo global y lo nacional como entidades mutuamente exclusivas. Los sistemas globales se desarrollan en buena medida a partir de capacidades del Estado-nación y del sistema interestatal (2008, p. 21) (compárese con Castells, 2010b, pp. xxi-xxxii, 303-66). La transformación epocal se da, pues, *dentro* de lo nacional. Sassen centra su atención en dos dimensiones de lo que denomina *desnacionalización* (tema que trata por extenso en 2008, pp. 277-321): los cambios en los sujetos fundacionales que representan las relaciones de pertenencia o exclusión con respecto a un colectivo nacional y los ensamblajes políticos, económicos y territoriales constituidos por la digitalización. Mediante ese doble análisis, Sassen describe la nueva territorialidad de nuestro mundo o, mejor dicho, el ensamblaje de una multiplicidad de órdenes territoriales y temporales nuevos.

Los factores que han contribuido a la desnacionalización de la ciudadanía son, básicamente, tres: la erosión del estado del bienestar causada por el creciente énfasis en la noción de Estado competitivo y por el protagonismo de los mercados financieros internacionales en la política estatal (2008, pp. 284-85), el debilitamiento del derecho a la privacidad (*privacy rights*) (2008, p. 285) y la globalización y el régimen internacional de los derechos humanos (2008, p. 291). A su vez, Sassen identifica dos tipos de extranjería que desestabilizan el concepto de pertenencia al Estado-nación (2008, pp. 290-91): un tipo de ciudadano “informal” no autorizado aunque sí reconocido (por ejemplo, inmigrantes sin papeles que llevan años como residentes en un territorio y que participan en la vida de la comunidad como lo haría cualquier ciudadano), y un ciudadano formal autorizado, pero no reconocido (las minorías).

Junto a la nueva configuración de la ciudadanía, cuyo análisis revela que los procesos de desnacionalización se operan dentro, y no fuera, del Estado-nación, está lo que Saskia Sassen denomina “clases globales” (2008, pp. 293-303), de las que destaca las redes transnacionales de funcionarios gubernamentales, tipos de activismo transnacional y de redes diáspóricas, los trabajadores más desfavorecidos y los miembros de comunidades transnacionales de inmigrantes. El surgimiento y constitución de estas clases globales establece una dinámica que “desagrega” el Estado-nación, a la vez que debilita la influencia de la política nacional precisamente en quienes forman parte de dichas clases globales (2008, p. 298).

La erosión del control de un Estado-nación sobre su propio territorio y sus ciudadanos posibilita nuevas formas de poder, lo cual supone la modificación de la geografía política que organiza los espacios subnacionales. Las “ciudades globales” (asunto estudiado por Sassen en un libro seminal de 1991) son el elemento más importante de esta nueva geografía política. En cuanto espacios parcialmente desnacionalizados, ciudades como Nueva York, Londres o Tokio configuran el terreno “[...] donde múltiples procesos de globalización asumen formas concretas y localizadas” (2008, pp. 314-15). Gracias a la digitalización y a la reorganización del territorio, las ciudades globales son lugares estratégicos transnacionales donde se articulan nuevos tipos de agentes y proyectos políticos. Por un lado, el capital global necesita esas ciudades para algunas de sus operaciones organizacionales estratégicas; por el otro, una creciente masa de personas desfavorecidas y marginadas encuentra en esas mismas ciudades la condición de posibilidad para su supervivencia, un campo para desarrollar estrategias y subjetividades transnacionales, así como el acceso a un espacio del que puede apropiarse (2008, p. 317, 318)².

La digitalización es otro factor que ha reorganizado los ensamblajes políticos, económicos y territoriales (Sassen, 2008, pp. 323-77). El Internet y las redes digitales privadas tienen la capacidad para desestabilizar la autoridad del Estado y producen nuevos tipos de territorialidad y de relaciones espaciales, como por ejemplo, la red global de mercados financieros, la cual establece una territorialidad con múltiples niveles diferentes a los de la territorialidad del Estado-nación tal como se ha entendido desde la paz de Westfalia; los espacios constituidos por nuevos modos de activismo político y por una sociedad civil global en proceso de constitución, y, por

2 Véanse también Sassen (1991, pp. 3-4) y las tesis de Castells sobre las “ciudades globales” y las “migaciudades” en (2010c, pp. 409-40).

último, nuevas geografías jurisdiccionales de carácter transnacional (v.g. el Tribunal Internacional de La Haya)³.

El conjunto de ensamblajes estudiado por Sassen desestructura el territorio tradicional del Estado-nación. La unidad espacio-temporal del Estado-nación se constituye a sí misma a través de múltiples espacialidades y temporalidades (2008, p. 398). El análisis de los temas mencionados conduce a Sassen a concluir que están surgiendo nuevos ensamblajes y que tales ensamblajes determinan una territorialidad multidimensional de carácter desnacionalizador. La dinámica puede describirse, concluye Sassen, como un movimiento que conduce de la articulación centrípeta del Estado-nación a la multiplicación centrífuga de ensamblajes especializados (2008, p. 422). La globalización, en definitiva, genera un espacio multiescalar, crea, para decirlo con palabras Carlo Galli (2010, p. 110), una pluralidad de espacios superpuestos articulados por nuevas jerarquías de dominio.

La producción de un nuevo tipo de espacio y de nuevas relaciones espaciales es indisoluble de la determinación de nuevas subjetividades. Entre estas está la de un nuevo tipo de inmigrante: el inmigrante enmarcado en lo que el sociólogo indio Arjun Appadurai denomina “esferas públicas diáspóricas” (1996, pp. 21-23). Hoy día, gracias a los medios de comunicación (sobre todo la electrónica), un turco en Berlín, un argelino en París, un paquistaní en Londres o un chino en Barcelona puede estar en contacto diario con la cultura y la vida cotidiana de su país, y, de este modo, sentirse más cercano a su lugar natal que al país de llegada. Es este un asunto muy conocido, y, por lo tanto, me limito a enmarcarlo en el contexto de la aparición de nuevas subjetividades. El segundo tipo de subjetividad que me gustaría mencionar está determinado por las grandes empresas multinacionales, cuya deslocalización de la producción genera una nueva geografía del mercado internacional, articula la vida de trabajadores a escala global y, en términos generales, produce “necesidades, relaciones sociales, cuerpos y mentes” (Hardt y Negri, 2000, p. 32); por esa razón, Hardt y Negri sostienen que el poder económico es hoy un biopoder (2000, pp. 23-27, 364-65, 344-46, 405-6; 2004, pp. 18-25, 334-35; 2009, pp. 56-61, 77-82). El tercer tipo de subjetividad surgida en la edad de la globalización está vinculado al trabajo inmaterial, concepto propuesto por Hardt y Negri para referirse al trabajo que crea productos inmateriales, como el conocimiento, la información, la comunicación o respuestas emocionales (Hardt y Negri, 2000, pp. 289-94; 2004, pp. 108, 182-84). Hardt

3 Sobre la llamada network society, consultese Castells (2010c).

y Negri (2000, p. 293) distinguen entre tres tipos de trabajo inmaterial: el primero pertenece a la producción industrial que ha sido informatizada y que ha incorporado las tecnologías de comunicación de tal manera que transforma los propios procesos de producción; el segundo consiste en tareas analíticas y simbólicas, en la manipulación creativa inteligente para crear nuevos lenguajes, y, por último, está el tipo de trabajo inmaterial que involucra la producción y manipulación de afecto. Basado en la informatización de la producción industrial, el trabajo inmaterial significa la ruptura de la separación entre espacios considerados como unidades discretas, como por ejemplo, la casa, la oficina y la fábrica. Esta ruptura del límite entre las instituciones modernas conduce a una subjetividad híbrida y dislocada (Hardt y Negri, 2000, pp. 331-32).

La cuarta y última subjetividad que quiero comentar es, de hecho, la más importante por lo que respecta al tema de este artículo. Me refiero a lo que Zizi Papacharissi llama “networked self” o “yo en red” (2011, pp. 304-18)⁴. Se trata de una subjetividad derivada de la comunicación electrónica, del Internet y, sobre todo, de las redes sociales. El yo en red produce nuevas formas de interacción personal y de identificación social. Papacharissi tiene razón al subrayar que la sociabilidad actual es muy distinta de lo que fue hasta no hace mucho. Antes, la gente estaba condicionada para reconocer como sociales las actividades físicas y las actitudes extrovertidas. Ahora, en el contexto de la sociabilidad vinculada a las redes sociales, medio en el cual se constituye y autorealiza el yo en red, “[...] se puede observar una variedad de comportamientos incuestionablemente sociales que, no obstante, se expresan mediante formas de relación pasiva [...] o a través del ejercicio, más introspectivo, de la fotografía narcisista o de la autoexpresión” (Papacharissi, 2011, p. 317).

Ese nuevo tipo de autorealización y de relación social ha contribuido a la producción de un nuevo tipo de estudiante, al menos en las partes del planeta en las que existe una mayor penetración del uso del Internet: Europa y Norteamérica. Hay indicadores que nos permiten conjeturar que los estudiantes nacidos a partir de finales de los años 80 del siglo pasado son sustancialmente distintos de los estudiantes anteriores a la revolución electrónica. En su práctica totalidad, son, por decirlo con una expresión popularizada en los últimos años, *digital natives*, “nativos de lo digital” (Prenski, 2011, pp. 3-11). A diferencia de muchos de sus profesores, quienes han tenido que adaptarse a las nuevas tecnologías (lo cual los convierte en *digital immigrants*, esto

4 Amplíese con las páginas que Castells dedica a “la red y el yo”, en (2010c, pp. 1-27) y en (2010b, pp. xvii-xxvi)

es, “inmigrantes de lo digital”), para los estudiantes el Internet y la telefonía móvil constituyen su hábitat natural. Los nativos de lo digital “[...] están acostumbrados a recibir información de manera rápida. Tienden a la multitarea [...] prefieren los gráficos y no los textos, así como el acceso aleatorio, como por ejemplo el hipertexto. Dan más de sí cuando operan en la red” (Prenski, 2011, pp. 5-6). Esto se proyecta, naturalmente, en el aula, espacio dominado por el *power-point*. Los estudiantes de hoy, en efecto, tienen poca paciencia con las lecciones magistrales, la lógica y los exámenes temáticos (Prenski, 2011, p. 6). En su breve pero agudo examen de este fenómeno, Mark Prenski argumenta que nuestro sistema pedagógico no está pensando para enseñar a los estudiantes de hoy (2011, p. 3) y que, por eso mismo, hay que desarrollar una nueva didáctica (2011, p. 11). Con independencia de si uno está o no de acuerdo con Prenski y otros especialistas en la materia,⁵ lo cierto es que nuestros estudiantes se definen, en buena medida, a partir de la comunicación electrónica y la telefonía móvil⁶. En los campus universitarios de Estados Unidos no tener una cuenta de Facebook es un obstáculo. Hemos de tomarnos muy en serio, pues, esta realidad.

La nueva producción de espacio y la aparición de nuevas subjetividades son indicios de una nueva realidad. Una nueva realidad requiere, como subrayó Karl Marx en su introducción a *Grundrisse* (1973, pp. 81-111), nuevas teorías. Según Marx, nuestro modo de comprensión debe adecuarse al mundo social coetáneo y, de este modo, cambiar junto con la historia: el método y la sustancia han de relacionarse de manera armónica, lo cual significa que, tan pronto la historia y la realidad social se transforman, las teorías hasta entonces vigentes pierden su validez. El mundo global requiere de nuevas teorías, nuevos paradigmas, nuevos modos del mirar. En el campo específico de los estudios literarios y culturales, el establecimiento de parámetros teóricos, analíticos, metodológicos y didácticos que se correspondan a ese horizonte es una tarea que nos incumbe a todos. De lo que se trata es de encontrar una mirada que case con el horizonte de la globalización, una mirada distinta de las heredadas, pues estas han dejado de ser productivas para entender la literatura y su historia. Las respuestas ofrecidas a este reto en los últimos años pueden agruparse en tres grandes conjuntos: 1) los estudios literarios y culturales centrados en grandes áreas geográficas; 2) los estudios literarios y culturales de la movilidad, y 3) el comparatismo enfocado en el examen de la literatura del mundo.

5 Véase por ejemplo la antología de ensayos preparada por Bauerlein, 2011

6 Sobre los peligros y las ventajas de la comunicación electrónica y las redes sociales, véanse Bauerlein, 2011; y Christakis y Fowler, 2009.

Una de las orientaciones críticas más fecundas del primer grupo es lo que se conoce como estudios transatlánticos. Emparentados con los estudios de área nacidos en Estados Unidos durante la guerra fría con una finalidad geopolítica, los estudios transatlánticos responden a la lógica del imperio y se predicen en la presuposición de que tanto su metodología como su objeto de estudio son más naturales y, por lo tanto, más pertinentes que las habituales en los estudios dedicados a literaturas nacionales, considerados como meros constructos de raíz decimonónica fundados en lecturas esencialistas de la realidad. No es posible aquí hacer justicia a la complejidad de los estudios transatlánticos, que tan excelentes frutos han dado (v.g. Hansberg y Ortega, 2005; Hill, 2005; Mignolo, 2003; Ortega, 2006; Wilson, 2000), ni examinar su fuerza en Estados Unidos (consúltese la información compilada por Ortega en el portal del proyecto transatlántico que dirige en Brown University: Brown University-Transatlantic Studies, 2013).

No obstante los méritos de esas y de otras aportaciones, los estudios transatlánticos adolecen de importantes inconsistencias teóricas y metodológicas que es necesario apuntar. La primera de estas es sintomática de lo difícil que resulta proyectar a la investigación literaria una mirada transnacional que exceda los habituales estudios internacionales fundados en la comparación de unidades nacionales. Aunque hablamos de estudios transatlánticos, así, sin más, en realidad ese marbete menta no una, sino dos orientaciones básicas: los estudios transatlánticos angloamericanos y los estudios transatlánticos, lo digo con imprecisión pero para que nos entendamos, hispánicos. El océano, espacio liso por excelencia, se divide en dos grandes conjuntos pautados, cada uno de ellos, por una concepción tradicional de las relaciones internacionales basada en la lengua y en el Estado-nación. Llama la atención que en un importante *Reader* de 2007 editado por Susan Manning y Andrew Taylor solo se recojan dos textos dedicados a las relaciones entre España e Hispanoamérica (Manning y Taylor, 2007, pp. 58-64, 312-15). Tras una lectura de esta antología, se deduce que *transatlántico* significa, para Manning y Taylor, "relaciones trasatlánticas entre Inglaterra y sus colonias americanas". Su colección de trabajos respeta la división tradicional de la disciplina, sigue la lógica imperial moderna, reduplica el desplazamiento de una hegemonía colonial (la española) por otra (la inglesa) y, por último, toma como unidad básica el Estado-nación. Esto último también puede detectarse en los estudios transatlánticos dedicados a las relaciones entre España y sus antiguas colonias en América. Resulta evidente el *décalage* entre esa mirada, digamos, nacional y la mirada transnacional característica de la edad de la globalización. En consecuencia

con nuestro horizonte líquido, deberíamos estudiar el mundo trasatlántico con una mirada rizomática, multidireccional, no basada en la lógica del imperio, sino en la del espacio de flujos descrito por Castells (2010c, pp. 407-59). Si no se procede de este modo, es en parte debido a la consideración fetichista de las lenguas y de los Estados-nación, así como a la ontologización de áreas geográficas. Porque, ¿qué pertenece, en realidad, al ámbito de los estudios transatlánticos?; ¿cuálquier tipo de relación o solo una clase determinada de intercambios? Las posibles respuestas a tales preguntas son reveladoras. Considerar el estudio de la recepción de Hemingway, de Faulkner o de Vargas Llosa en España como actividad perteneciente a los estudios transatlánticos no es algo ilegítimo. Pero hacerlo implica cierta banalización de dicha corriente crítica; de modo análogo, podríamos hablar de los “estudios transpirenaicos” (relaciones España-resto de Europa), de los “estudios trasalpinos” (el legado italiano en la cultura europea), de los “estudios transgibraltareños” (relaciones España-el Magreb) o de los “estudios trans-Canal de la Mancha” (relaciones Gran Bretaña-el continente). Por otro lado, tomar como único punto de referencia la relación entre España y los territorios que conformaron su imperio es una forma de ontologizar la geografía. El esencialismo geográfico —en el que se asume acríticamente la existencia de una relación orgánica entre cultura, geografía e imperio— refuerza el esencialismo de la nación, apuntalado a su vez por un esencialismo básico: me refiero, claro está, al mito de la Hispanidad.

Otra orientación del primer grupo de respuestas que he seleccionado lo constituyen los estudios hemisféricos (*hemispheric studies*)⁷. Emparentados con los estudios transatlánticos, los estudios hemisféricos se han desarrollado en el mundo académico estadounidense a partir de una antología de Gustavo Pérez (1990). Su eclosión llegaría diez años después, con la publicación de antologías y de números especiales de revistas, con la creación de colecciones y de programas académicos y con la organización de congresos. De la mano de los estudios hemisféricos, en la disciplina de los estudios americanos se ha pasado del estudio de la cultura y la literatura estadounidenses en el marco del Estado-nación a su consideración en términos multiculturales e internacionales. No es ninguna coincidencia que los estudios hemisféricos se hayan desarrollado por los mismos años en que empezó a discutirse la globalización ni que su surgimiento coincida con el final de la guerra fría y la subsiguiente construcción de un discurso según el cual Estados Unidos es una superpotencia benévolas que

7 Para una excelente introducción al tema, léase Bauer, 2009.

vela por la paz y la libertad en todo el mundo. Los estudios hemisféricos contienen una dimensión geopolítica y un latente neoimperialismo, algo que varios estudiosos han observado con alarma (Bauer, 2009, p. 236). Al expandir su campo de estudio a Hispanoamérica, zona cuya unidad e identidad han sido definidas, en no pocas ocasiones, en función del imperialismo hemisférico de Estados Unidos, los estudios interamericanos pueden entenderse, como ha notado Sophia McClennen (2005, p. 394), como una variante de la doctrina Monroe. A eso hay que añadirle el hecho de que los estudios hemisféricos, en su cuestionamiento de toda concepción ontológica de la nación, la región y la identidad, han perpetuado parámetros ontológicos (McClennen, 2007). Por último, es importante notar que los estudios hemisféricos, al igual que sucede con los transatlánticos, contienen un esencialismo tácito. Como ha escrito Paul Giles (2006, p. 649), la idea de hemisferio no es menos arbitraria que la de continente: ambas son ficciones culturales. Dice Giles: “[u]n escollo obvio de los estudios hemisféricos reside en la posibilidad de simplemente reemplazar el esencialismo predicado en la autonomía del estado por un esencialismo geográfico predicado en la contigüidad física” (2006, p. 649).

Más interesante que los estudios transatlánticos o hemisféricos es, en mi opinión, el segundo conjunto de aproximaciones que vamos a examinar: me refiero a los estudios de la movilidad (*mobility studies*). No puede decirse que los estudios de la movilidad sean algo enteramente nuevo. Aparte de los especialistas en estudios de la migración (*migration studies*), historiadores de la cultura como James Clifford (1997) ya habían explorado la movilidad cultural más allá de las fronteras de un territorio dotado de una identidad y de una estructura política propios. Los trabajos más recientes producidos en el marco de los estudios de la movilidad destacan no solo por su relativa novedad, sino también por la militancia y la conciencia, por parte de sus autores, de estar realizando un trabajo innovador y (sobre todo) consistente con la gramática de la globalización. Esta autoconsciencia se revela en la presentación programática de sus ideas. Los presupuestos teóricos de los estudios de la movilidad han nacido como respuesta al reto que supone la globalización para nuestros esquemas epistemológicos. Un reciente libro de ensayos de distintos autores editado por Stephen Greenblatt y otros (2010) es el ejemplo más conspicuo de un tipo de estudios literarios practicado especialmente en Estados Unidos y en Alemania⁸.

8 En el ámbito de los estudios hispánicos destacan varios estudios de Ottomar Ette, entre ellos “*Mobile mappings* y las literaturas sin residencia fija”, de 2012.

En su prólogo al libro, Greenblatt señala la urgente necesidad de repensar los supuestos fundamentales del destino de la cultura en un período de movilidad a escala global y de formular “[...] nuevas vías para comprender la dialéctica formada por la persistencia y el cambio cultural” (2010, pp. 1-2). La colonización, el exilio, la emigración y la contaminación, junto con las compulsiones de la avaricia, de la nostalgia y de la inquietud, son asuntos que competen de forma muy directa al crítico cultural. A la vez, es necesario, según Greenblatt, dar cuenta de la persistencia de identidades culturales en períodos históricos de larga duración dominados por profundos trastornos históricos (2010, p. 2), y explorar, también, “[...] la rígida compartimentación de la movilidad” (2010, pp. 2-3). Por lo común, los estudiosos de la cultura dan por sentado tanto la estabilidad de las culturas como su arraigo en territorios considerados como unidades discretas (2010, p. 3), ignorando de este modo que en los asuntos relacionados con la cultura lo local ha estado siempre irradiado por el resto del mundo (2010, p. 4). Greenblatt señala una importante paradoja: todo el mundo reconoce que la economía global ha alterado la forma de ver las cosas, y, sin embargo, los procesos de globalización han reforzado la noción tradicional de cultura, concebida en términos de fijeza y coherencia (2010, p. 3); esa es la noción todavía predominante en los departamentos de literatura. La naturaleza crecientemente fija y burocratizada de las instituciones académicas del siglo XIX y principios del XX, junto con una intensificación del etnocentrismo, el racismo y el nacionalismo produjeron la ilusión de que la cultura es algo sedentario (2010, p. 6). En contraste con ello, la realidad “[...] es más de nómadas que de nativos” (2010, p. 6). Con el objeto de mostrar tanto la contingencia cultural como la ilusión de permanencia que la acompaña, el crítico debe diseñar mapas de ejemplos concretos de movilidad cultural (2010, p. 16).

Al final del libro (2010, pp. 250-53) figura un manifiesto de Stephen Greenblatt que contiene en cinco puntos programáticos: 1) “La movilidad debe entenderse en un sentido muy literal”; 2) “los estudios de la movilidad deben arrojar luz sobre movimientos ocultos o movimientos conspicuos de personas y pueblos, de objetos, de imágenes, de textos, de ideas”; 3) “los estudios de la movilidad deben identificar y analizar las ‘zonas de contacto’ en los que se intercambian bienes culturales”; 4) “los estudios de la movilidad deben dar cuenta de las nuevas formas en que se manifiesta la tensión entre la capacidad de actuación del individuo y las restricciones estructurales”, y 5) “los estudios de la movilidad deben analizar la sensación de falta de raíces” (2010).

El tercer grupo de respuestas a los retos planteados por la globalización pertenece a la disciplina del comparatismo. En los últimos quince años, ha renacido con fuerza el proyecto, formulado por Goethe y Marx en el siglo XIX, de tomar como objeto de estudio la literatura del mundo (*Weltliteratur*). La consolidación de esta tendencia ha sido reconocida en el último informe de la American Comparative Literature Association, publicado con el significativo título de *Comparative Literature in the Age of Globalization* (Saussy, 2006). En un campo tan fragmentado como los estudios literarios, se ha encontrado en el planeta un contexto inclusivo y relativamente estable. Las nuevas orientaciones en la literatura comparada configuran un ámbito amplísimo, elaborado por críticos tan diversos como Masao Miyoshi (2011), Emily Apter (2006) y Pascale Casanova (2004). Me limitaré al repaso de tres de las aportaciones más importantes: las de David Damrosch (2006, 2009), Franco Moretti (2000, 2005) y Gayatri Spivak (2003, 2012).

David Damrosch es uno de los máximos impulsores del estudio de la literatura del mundo. En un libro importante, Damrosch subraya que la literatura del mundo no es un canon de obras infinito e inasumible, proponiendo una definición tripartita de literatura del mundo (2003, p. 281): 1) la literatura del mundo es una refracción elíptica de las literaturas nacionales, 2) la literatura del mundo es una escritura que gana en traducción y 3) la literatura del mundo no es un canon establecido de textos, inabarcable por su extensión en el espacio y en el tiempo, sino más bien “[...] un modo de lectura que puede ser experimentado en *intensión* con unas pocas obras de manera tan efectiva como puede serlo el estudio en *extensión* de un gran número de obras” (2003, pp. 298-99). Esta modalidad de lectura, esta forma de “relación distante” con mundos más allá de nuestro lugar y tiempo puede describirse también como una “conversación” que tiene lugar, apunta Damrosch, en la mente del lector. La literatura del mundo, según Damrosch, no elimina los aspectos distintivos de cada tradición literaria. Toda obra nace en un contexto local específico, bien en el de una nación en el sentido moderno del término, bien en el de un colectivo humano o de una etnia. Los textos llevan inscrita, por lo tanto, la marca de su cultura originaria. Esta huella no desaparece cuando entran en circulación en un espacio más amplio que el campo literario local en el que surgieron. Pero una vez la obra se integra (generalmente en forma de traducción) en la literatura del mundo, esa marca se difumina de tal modo que pasa a refractar su cultura, digamos, nativa. Asimismo, en la obra se introducen nuevas huellas, las de los lectores de otros lugares del mundo. “La literatura del mundo”, escribe Damrosch, “siempre tiene que ver con los valores y las necesidades

de la cultura de llegada así como con la cultura originaria de la obra" (2003, p. 283); esos dos focos, prosigue, "[...] generan el espacio elíptico en el cual la obra vive como literatura del mundo, conectada con las dos culturas y no circunscrita a ninguna de ellas" (2003, p. 283).

Esta caracterización de Damrosch no elimina, evidentemente, las objeciones habituales que se han formulado al estudio de la literatura del mundo. El espectro del amateurismo siempre ha rondado esa área de la literatura comparada. ¿Cómo superar la dificultad que implica estudiar la literatura del mundo?, ¿quién puede abarcar más de dos períodos, o más de tres, cuatro, cinco literaturas nacionales? Los grupos de investigación o la enseñanza en equipo son dos formas de mantener el equilibrio entre la amplitud del campo de estudio y el rigor necesario para conocerlo y enseñarlo a los estudiantes. En cualquier caso, la literatura del mundo requiere del estudiioso un tipo de trabajo distinto del habitual en los historiadores de literaturas nacionales; puesto que su propósito no es el estudio detallado de una cultura nacional concreta, el crítico ha de ser selectivo con la información especializada (Damrosch, 2003, pp. 286-87).

Mientras que Damrosch procura con su definición tripartita sortear el pánico habitual de los estudiosos de la literatura del mundo, Franco Moretti responde desde un ángulo diametralmente opuesto: la literatura del mundo es un sistema de variantes y no una manera de leer literatura. Moretti sentencia que hemos de dejar de practicar la literatura comparada, la cual, en el mejor de los casos, se ha limitado al estudio de las literaturas europeas, y retomar en su lugar el proyecto de la *Weltliteratur* (2000). Además, "[l]a literatura que nos rodea", dice, "es inequívocamente un sistema planetario" (2000, p. 54). El problema no consiste en determinar qué hemos de hacer; la clave reside en cómo hemos de hacerlo. Según Moretti, la literatura del mundo no puede consistir en leer más libros. La literatura del mundo, afirma, no es un objeto, sino un problema que requiere un nuevo método crítico (2000, p. 55). Al método que propone para esto lo denomina "lectura distante" (2000, pp. 56-58). Esta forma de lectura es superior a la lectura atenta tradicional, limitada por definición a un canon reducido. Si uno quiere ir más allá del canon, debe abandonar el análisis directo y detallado de los textos. A diferencia de lo que sucede con la lectura atenta, en la lectura distante, la distancia con respecto a las obras es la condición de posibilidad del conocimiento:

[...] nos permite centrarnos en unidades mucho más pequeñas o mucho más grandes que el texto: bien técnicas, temas o tropos, bien géneros o sistemas. Y,

si entre lo muy pequeño y lo muy grande el texto desaparece, pues bien, este es uno de los casos en que uno puede decir con justificación que menos es más. Si se quiere entender el sistema en su totalidad, debemos aceptar la pérdida de algo. (2000, p. 57)

Para expresarlo con mayor claridad: en la lectura distante, el estudioso se basa en lo que han dicho especialistas en literaturas nacionales y, de ahí, saca sus conclusiones. Lo que importa no es el estudio de textos concretos, sino el establecimiento de estructuras abstractas a partir de lo que otros han dicho en sus lecturas atentas. La lectura distante funciona de manera completamente opuesta a la lectura atenta de textos en el marco de la historiografía de literaturas nacionales: se define primero una unidad para su análisis y, luego, se sigue sus metamorfosis en una amplia variedad de contextos históricos y territoriales, de tal manera que, al menos idealmente, la historia literaria se convierte en una cadena de experimentos interrelacionados. Como Moretti apunta, no sin cierta ironía, la lectura distante implica un pacto con el diablo: sabemos cómo leer textos, de lo que se trata ahora es de aprender a no leerlos (2000, p. 57). Un resultado de este pacto de Moretti con el diablo es su libro *Graphs, Maps, Trees: Abstract Models for a Literary History* (2005).

En los últimos años, Gayatri Spivak se ha interesado mucho por el estudio y la enseñanza de la literatura en el marco de la globalización; aparte de artículos y conferencias, cabe destacar dos libros suyos: *Death of a Discipline* (2003) y *An Aesthetic Education in the Era of Globalization* (2012). Su propósito es superar la literatura comparada, que considera muerta (2003). En contraste con el comparatismo tradicional, de carácter eurocéntrico, Spivak propone un “comparatismo de equivalencia” (2012, pp. 467-83), que concibe como fundamento de una educación estética (2012, pp. 25-33) cuya finalidad última sería la de transmitir una alfabetización transnacional (2012, pp. 149-55) que sirva para contrarrestar el poder homogeneizador de la globalización; hay que enseñar al estudiante a identificar al otro reivindicando y estudiando literaturas y lenguas usualmente marginadas en los estudios comparados, en particular las del hemisferio sur. La solución no es, en contraste con la postura de Damrosch y Moretti, la literatura del mundo, al menos tal como se ha concebido hasta la fecha. Como apunta Spivak (2003), detrás de la literatura del mundo hay un importante componente crematístico relacionado con la globalización⁹. A principios

9 Véanse, por ejemplo, las antologías de Damrosch, 2006; y de Lawall y Mack, 2002.

de este siglo, los conglomerados de editoriales se dieron cuenta de la existencia de un mercado para las antologías de literatura del mundo en traducción al inglés. En ese tipo de antologías, cuya preparación se encarga generalmente a un especialista que trabaja en la academia estadounidense, la literatura china se reduce a dos capítulos (). Estudiantes de todo el planeta aprenden literatura del mundo en antologías de textos traducidos al inglés publicadas por editoriales americanas y editados por profesores de universidades de estadounidenses. Literatura del mundo es, por lo tanto, sinónimo de mercado editorial de dimensiones globales monopolizado por el inglés y por Estados Unidos.

Spivak afirma que la literatura debe estudiarse por medio del despliegue de los estudios de área a partir de uno de los rasgos distintivos de la literatura comparada: su respeto por el lenguaje y los giros idiomáticos (2003, pp. 4-5). Más que una disciplina, Spivak propone una utopía, ya que el estudio de área implica el análisis multidisciplinar de una zona determinada del planeta, tarea que ha sido tradicionalmente encomendada a grupos de trabajo formados por historiadores, polítólogos, sociólogos y economistas. La presencia de la literatura comparada en esa nueva disciplina tendría como función evitar que la lengua del otro sea meramente un “lenguaje de campo” (2003, p. 9). Spivak esboza los parámetros de una disciplina con una fuerte orientación política y ética. Por un lado, el nuevo modelo ha de impulsar el estudio de las literaturas del hemisferio sur y de la escritura de “[...] las numerosas lenguas del mundo programadas [por las potencias coloniales] para desaparecer” (2003, p. 15), esto es, las culturas del mundo marginadas en los estudios comparados. Por el otro, ha de enseñar al estudiante a reconocer al otro. En su inversión de la tendencia del poder a apropiarse de lo emergente (2003, p. 100), la misión de la “nueva” literatura comparada ha de proyectarse también en el aula. Es en parte esa dimensión ética y política de la nueva disciplina lo que explica que Spivak rechace el uso de la palabra *globalización*, y que prefiera emplear el neologismo *planetaridad* (*planetarity*). La globalización, dice, es la imposición del mismo sistema de intercambio en todo el mundo (2012, p. 1).

El planeta, en cambio, nos subsume e implica, por definición, alteridad; no se puede tampoco contrastar o comparar con el globo. El “pensamiento-planeta”, escribe Spivak, incorpora la totalidad de los universales de los seres humanos, desde el animismo aborigen hasta la ciencia posracional pasando por la mitología (2003, p. 73); “[...] si nos imaginamos como sujetos planetarios más que como entidades

globales”, observa, “la alteridad no se deriva de nosotros” (2003, p. 73). En última instancia, la tarea consiste en invertir la globalización y desplazarla a la planetaridad (2003, p. 97). El planeta es una especie de catacresis que inscribe la responsabilidad colectiva como un derecho (2003, p. 102). El estudio y la enseñanza del texto es una manera de mantener viva nuestra responsabilidad colectiva con respecto al planeta en un mundo dominado por el capital global (2003, p. 101). Aunque Spivak no lo dice con estas palabras, la literatura del mundo vendría a ser una aproximación crítica perteneciente a los procesos de globalización, mientras que la “nueva” literatura comparada que propone se enmarca en el reconocimiento del otro, en el rechazo a la homogeneización que conlleva la globalización, esto es, en la planetaridad (2003, pp. 71-102; 2012, pp. 33-50).

La oposición planteada por Spivak entre globalización y planetaridad se predica en dos presuposiciones erróneas. Primero, la globalización no contiene, como parece dar por sentado Spivak, un *telos*. Segundo, no hace referencia a un solo proceso (el de homogeneización); también forman parte de la globalización las resistencias políticas y culturales a ese proceso de homogeneización, resistencias expresadas, por ejemplo, por el movimiento *occupy movement*, cuya toma de determinadas zonas de ciudades como Madrid, Barcelona, Nueva York y Londres constituye una forma espacial de rebeldía anticapitalista (Harvey, 2012). Negri y Hardt (2000) sostienen en este sentido que en el imperio hay una serie de fuerzas que permiten subvertirlo desde dentro; el sujeto político de ese cuestionamiento sería la multitud (2004). Hay que insistir en ello: la globalización no es algo externo a nosotros, sino una nueva producción de espacio y la condición de posibilidad de nuestro mundo. En opinión de varios sociólogos y críticos de la cultura, más que de homogeneización debería hablarse de hibridez (Appadurai, 1996, p. 43; Nederveen Pieterse, 2000). Con el fin de explicar la compleja relación entre lo global y lo local, algunos estudiosos han llegado a proponer el concepto de *glocalización* (Robertson, 1995, pp. 25-44). Sin duda, la noción de planetaridad propuesta por Spivak es útil, sobre todo porque capta bien un elemento constitutivo del horizonte del presente a partir del cual negociamos nuestra conversación con el pasado, a saber, su imposición de una mirada transnacional. Pero esa mirada solamente la pueden proyectar quienes viven en una realidad global, algo que no se puede afirmar de todo el mundo.

La globalización se desarrolla de manera asimétrica y arrítmica, adquiriendo distintas fisonomías según las características culturales y las dinámicas sociales de cada

región. Los datos de penetración de Internet son reveladores: solo el 32,7 % de la población mundial tiene acceso a este. En Norteamérica vive el 5 % de la población mundial, pero cuenta con el 12 % de usuarios de Internet en todo el mundo, con una penetración de uso del Internet en la población del 78,6 %. Algo similar puede decirse de los procesos migratorios. Se habla mucho de ellos, creándose la impresión de que constituyen un fenómeno de gran magnitud. Sin embargo, según el *World Migration Report* de 2010, el número de emigrantes en todo el mundo es de 214 millones de personas, es decir, el 3,1 % de la población mundial (Koser, Laczko, *et ál.*, 2010, p. 111). La conclusión que sacó De Blij al examinar las cifras de 2007 sigue siendo válida: “[e]l lugar, sobre todo el lugar de nacimiento, pero también el espacio limitado en el que la mayoría de personas vive, sigue siendo el factor más potente que moldea el destino de millardos de individuos” (2009, p. 136).

La mirada transnacional a la literatura es todavía minoritaria. La vasta mayoría de especialistas en una literatura nacional sigue trabajando desde horizontes hermenéuticos formados previamente a la consolidación de los procesos de globalización. Pero más acá o más allá del posicionamiento de cada uno de nosotros, es imprescindible tomar nota de las nuevas direcciones, sacar conclusiones y obrar en consecuencia. Como hispanista o, por decirlo con mayor precisión, como alguien entrenado para serlo, mi escepticismo con respecto a la viabilidad de los estudios hispánicos tal como se practican hoy día ha alcanzado el punto de no retorno. El hispanismo sobrevivirá en un mundo en el que los Estados-nación están perdiendo su soberanía si se refunda como disciplina. Probablemente, el primer paso será la asunción de una metodología transnacional, no como algo cosmético o accesorio, sino como el procedimiento principal. Es verdad que pocos niegan la dimensión supranacional de la literatura. Pero ese reconocimiento del diálogo transnacional, plasmado en ensayos y libros académicos, no se traduce en los planes de estudio de —por ejemplo— la Academia Española ni siquiera en los programas de español de la gran mayoría de las universidades estadounidenses, por lo general más inclinados a la innovación que los departamentos de filología hispánica en las universidades españolas, muchos de estos todavía anclados en modelos obsoletos. La enseñanza de una literatura nacional pervivirá si los profesores la hacen significativa para estudiantes cuya experiencia del mundo es transnacional. La mirada limitada a una sola tradición literaria no respeta esa vivencia del mundo actual, ni refleja la hibridez de identidades nacionales a la que me referí antes, ni tampoco representa, por su predicación en postulados esencialistas, la actual resemantización del Estado-nación.

En el marco concreto de las universidades de la Unión Europea, entidad política transnacional en la que se ha implantado el Espacio Europeo de Educación Superior, hay cierta inconsecuencia entre la posibilidad de que los estudiantes europeos empiecen su grado en filología española en Berlín y lo terminen en Barcelona, y el hecho de que esa disciplina siga enseñándose con una tácita concepción esencialista del Estado-nación. Una tarea pendiente de los departamentos de filología española en España es meditar atentamente en la función del programa vis-à-vis la entidad supranacional a la que pertenece el país. Como sucede con la historia nacional, la enseñanza de la literatura española sigue siendo un bastión de una identidad nacional que ha entrado en un proceso, seguramente irreversible, de crisis identitaria. En contraste con esto, esa disciplina académica podría convertirse en una fuerza de primer orden para la construcción de una identidad supranacional europea si actualiza sus métodos y sus contenidos, esto es, si adopta una metodología transnacional. Esa mirada transnacional no solo refractaría con mayor precisión lo que es hoy día la nación española, sino que también serviría para apuntalar la identidad europea, ya que los cursos de literatura presentarían la historia literaria española en un constante diálogo con otras literaturas, entre ellas las de la Unión Europea. En cierto sentido, la historia literaria española, tal como se enseña, es un área de conocimiento que habla del pasado desde el pasado. El nuevo sentido y la nueva función del Estado-nación surgido de la paz de Westfalia requieren un replanteamiento del estudio de su cultura precisamente en el horizonte de ese nuevo sentido y de esa nueva función. Eso es algo que no se ha asumido completamente ni en España ni tampoco en Estados Unidos. Por mucho que se diga, la interdisciplinariedad y los estudios culturales, predominantes en los departamentos de español de Estados Unidos desde hace bastante tiempo, se practican desde un ángulo extrañamente anticuado: los cursos de cine, que han desplazado, en ocasiones con consecuencias dramáticas, a los de literatura, son cursos de cine español; como en los de literatura, las referencias a otras tradiciones nacionales cinematográficas son, cuando las hay, más accesorias que sustanciales.

Invertir esa relación entre lo accesorio y lo sustancial es, en mi opinión, una de las tareas pendientes en los estudios literarios y culturales. El Estado-nación no ha desaparecido, y estudiar la cultura de un país es algo perfectamente legítimo. Ocurre que el mundo se ha mundializado y que, de pronto, nos hemos convertido en habitantes del planeta. Esa reubicación nuestra debería ser el punto de partida y la sustancia de la actividad investigadora y docente de quienes enseñan literaturas o

culturas nacionales. En otras palabras, que la mirada transnacional, sin duda puesta en práctica en trabajos de investigación, dirija, también, el análisis y la docencia de las culturas nacionales, que la lectura comparada vaya más allá de la contigüidad geográfica (v.g., la comparación del naturalismo español con el francés) y se articule mediante la lógica del rizoma para de este modo estudiar textos pertenecientes a culturas separadas por vastas extensiones de espacio (como por ejemplo, estudiar la literatura de guerra española en relación con la literatura bélica de naciones europeas y *asiáticas*). Esa es una posible dirección de los estudios literarios en la edad de la globalización.

Terminaré con una noción desarrollada por Friedrich Nietzsche que ilumina mi concepto de los estudios literarios en la edad de la globalización. En sus prólogos a *Humano, demasiado humano* (1984, pp. 33-40) y a *La gaya ciencia* (1979, pp. 7-8) y en la sección 212 de *Más allá del bien y del mal* (1980, pp. 156-57), Nietzsche indica que los espíritus libres son hombres “del mañana y de pasado el mañana”. Para Nietzsche, el espíritu libre es aquel que se libera del nihilismo y de la moral del rebaño. Tras desprenderse de todas las convenciones de su tiempo, tras pasar por un período de aislamiento en el que destruye lo que lleva dentro de sí, tras “[...] largos años de convalecencia, años llenos de fases multicolores” (1984, p. 37), el espíritu libre regresa a la vida, a la auténtica vida de una voluntad curada de pesimismo. Su liberación supone una transvaloración de todos los valores, que el espíritu libre transmitirá al resto del mundo. Cito a Nietzsche: “‘Lo que me ha sucedido’, se dice [el espíritu libre], debe sucederle a todo hombre en quien una misión quiere tomar cuerpo y ‘venir al mundo’” (1984, p. 39). En *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche explica la relación del espíritu libre con el mundo circundante:

Va pareciéndome cada vez más que el filósofo, en cuanto es un hombre *nesario* del mañana y de pasado el mañana, se ha encontrado y *ha tenido* que encontrarse siempre en contradicción con su hoy. Hasta ahora todos esos extraordinarios promotores del hombre a los que se les da el nombre de filósofos [...] han encontrado su tarea, dura, involuntaria, inevitable tarea, pero finalmente la grandeza de su tarea, en ser la conciencia malvada de su tiempo. Al poner su cuchillo, para viviseccionarlo, precisamente sobre el pecho de las *virtudes de su tiempo*, delataban cuál era su secreto propio: conocer una *nueva* grandeza del hombre, un nuevo y no recorrido camino hacia su engrandecimiento. (1980, p. 156, § 212)

Más acá de su función y su significado específicos en la filosofía de Nietzsche, por “hombre de mañana y de pasado el mañana” puede entenderse un modo de acción desplegado con el fin de vencer la resistencia que se opone a un proceso de cambio y, así, acelerar la llegada de ese futuro intuido y vivido por todo aquel que participa de dicho modo de acción. Como dijo Nietzsche: “[...] el porvenir [...] dicta su conducta a nuestro hoy” (1984, p. 39). Tal vez nuestra misión como enseñantes de literatura consista precisamente en eso: en incorporar en la práctica docente lo que ya se realiza en la ensayística, en cuestionar disciplinas caducas, como la historia literaria nacional, y darles nueva vida, para hacerlas significativas mediante una mirada transnacional. Reconocer que la presencia de nuevas subjetividades se proyecta, inevitablemente, en el ámbito del aula y repensar con esto no solo la didáctica, sino también la metodología y los contenidos de la materia; hacer que la docencia de la literatura se fundamente en el conflicto irreductible de horizontes del que hablé al principio de este trabajo; en definitiva, y como quiere Spivak, enseñar a leer de tal manera que el estudiante reconozca al *otro* son categorías para referirse a un modo de acción entroncado en el mañana y en pasado el mañana que procura hacer inteligible y significativo un campo del saber desorientado y sumido en una crisis de identidad. En un trabajo reciente, Katie Trumpener reconoce que no estamos completamente preparados para la tarea de enseñar literatura del mundo y se pregunta: “[s]i no somos nosotros, ¿quién? Y si ahora no, ¿cuándo?” (2006, p. 198). La respuesta nos la da Nietzsche: quien trabaje desde mañana y el pasado mañana prepara ese “cuando” interrogado por Trumpener. Pero ese “cuando” es, lo sabemos, problemático. A la producción de un nuevo espacio y de nuevas subjetividades le corresponde una mirada transnacional y rizomática; a la erosión de fronteras, la paulatina difuminación de los estudios literarios en un campo más amplio, también más polisémico: la cultura, palabra que refiere, en este caso, un espacio de pluralidades donde circulan discursos de muy diversa índole. En Estados Unidos, hace tiempo que los departamentos de literatura se han transformado en otra cosa, hecho que ha creado cierta ansiedad. Las instituciones académicas son, naturalmente, contingentes. Del mismo modo que no siempre se ha enseñado historia literaria en la universidad¹⁰ (.), los actuales departamentos de literatura pueden adquirir una fisonomía muy distinta de la que tienen, e incluso desaparecer, si sigue aplicándose la filosofía —en buena medida determinada por la ley de la oferta y la demanda— del “todo vale”. Cuando miramos el futuro que

10 La primera cátedra de historia literaria se fundó en 1786 en los Reales Estudios de San Isidro; véase Santiáñez, 2007

anunciamos, no se divisa un área del saber delimitada, ni tampoco se disciernen con claridad los contornos de su objeto de estudio. Si los estudios literarios terminan por desaparecer, o por convertirse en otra cosa, ¿no será porque la propia literatura, tal como la hemos concebido, practicado y estudiado, ha desaparecido? Literatura, pues, sin artículo determinado, sin genitivo, mera constelación de discursos. Multiplicación de escrituras, literatura en plural, pura actividad intransitiva, sin disciplina: literaturas pasado el mañana.

Referencias

- Appadurai, A. (1996). *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Apter, E. (2006). *The Translation Zone: A New Comparative Literature*. Princeton: Princeton University Press.
- Bauer, R. (2009). Hemispheric Studies. *PMLA*, 124(1), 234-250.
- Bauerlein, M. (Ed.). (2011). *The Digital Divide: Arguments for and against Facebook, Google, Texting, and the Age of Social Networking*. Nueva York: Jeremy P. Tarcher.
- Bauman, Z. (2011). *Culture in a Liquid World* (L. Bauman, Trad.). Cambridge: Polity, National Audovisual Institute.
- Bauman, Z. (2012). *Liquid Modernity*. Cambridge: Polity.
- Beck, U., Giddens, A. y Scott, L. (1994). *Reflexive Modernization: Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*. Cambridge: Polity.
- Beck, U. (1997). *Was ist Globalisierung?* Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Brown University - Transatlantic Studies (2013). Recuperado de http://brown.edu/Departments/Hispanic_Studies/transatlantic_project/
- Casanova, P. (2004). *The World Republic of Letters* (M. D. DeBevoise, Trad.). Cambridge: Harvard University Press.
- Castells, M. (2010a). *End of Millenium* (2 ed. con un nuevo prefacio. Vol. 3 de *The Information Age: Economy, Society, and Culture*). Oxford: Wiley-Blackwell.
- Castells, M. (2010b). *The Power of Identity* (2 ed. con un nuevo prefacio. Vol 2 de *The Information Age: Economy, Society, and Culture*). Oxford: Wiley-Blackwell.
- Castells, M. (2010c). *The Rise of the Network Society* (2 ed. con un nuevo prefacio. Vol 1 de *The Information Age: Economy, Society, and Culture*). Oxford: Wiley-Blackwell.
- Christakis, N. A., y Fowler, J. H. (2009). *Connected: The Surprising Power of Our Social Networks and How They Shape Our Lives: How your Friends' Friends' Friends Affect Everything You Feel, Think, and Do*. Nueva York: Little, Brown and Company.

- Clifford, J. (1997). *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*.
- Connell, L., y Marsh, N. (Ed.). (2011). *Literature and Globalization: A Reader*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Damrosch, D. (2003). *What Is World Literature?* Princeton: Princeton University Press.
- Damrosch, D. (Ed.). (2004). *The Longman Anthology of World Literature*. Nueva York: Longman.
- Damrosch, D. (2009). *How to Read World Literature*. Oxford: Wiley-Blackwell.
- De Blij, H. (2009). *The Power of Place: Geography, Destiny, and Globalization's Rough Landscape*. Oxford: Oxford University Press.
- Derrida, J. (2011). Globalization, Peace, and Cosmopolitanism. En L. Connell y N. Marsh (Ed.), *Literature and Globalization: A Reader*. (pp. 120-131). Londres: Routledge.
- Dicken, P. (2007). *Global Shift: Mapping the Changing Contours of the World Economy*. Londres: Sage.
- Ette, O. (2012). *Mobile mappings* y las literaturas sin residencia fija. Perspectivas de una poética del movimiento para el hispanismo. En J. Ortega (Ed.), *Nuevos hispanismos: para una crítica del lenguaje dominante* (pp. 15-33). Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana, Vervuert.
- Foucault, M. (2001). *Dits et écrits, 1954-1988*. París: Gallimard.
- Gadamer, H. G. (1991). Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Galli, C. (2010). *Political Spaces and Gobal World* (E. Fay, Trad.). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Giddens, A. (1990). *The Consequences of Modernity*. Stanford: Stanford University Press.
- Gikandi, S. (2011). Globalization and the Claims of Postcoloniality. En L. Connell y N. Marsh (Ed.), *Literature and Globalization: A Reader*. (pp. 109-120). Londres: Routledge.

- Giles, P. (2006). Commentary: Hemispheric Partiality. *American Literary History*, 18(3), 648-655.
- Greenblatt, S, et ál. (Ed.). (2010). *Cultural Mobility: A Manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gupta, S. (2009). *Globalization and Literature*. Cambridge: Polity Press.
- Hansberg, O., y Ortega, J. (2005). *Crítica y literatura: América Latina sin fronteras*. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hardt, M., y Negri, A. (2000). *Empire*. Cambridge: Harvard University Press.
- Hardt, M., y Negri, A. (2004). *Multitude*. Nueva York: Penguin Books.
- Hardt, M., y Negri, A. (2009). *Commonwealth*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Harvey, D. (2009). *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*. Nueva York: Columbia University Press.
- Harvey, D. From Managerialism to Entrepreneurialism: The Transformation in Urban Governance in Late Capitalism. *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, Vol. 71, No. 1, The Roots of Geographical Change: 1973 to the Present. (1989), pp. 3-17.
- Harvey, D. (2012). *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*. Londres: Verso.
- Held, D., et ál. (1999). *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*. Stanford: Stanford University Press.
- Hill, R. (2005). *Hierarchy, Commerce and Fraud in Bourbon Spanish America: A Postal Inspector's Exposé*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- Hirst, P. (1997). *From Statism to Pluralism*. Londres: UCL Press.
- Hirst, P., y Thompson, G. (1999). *Globalization in Question* (2 ed.). Cambridge: Polity.
- Husserl, E. (1962). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. (J. Gaos, Trad. 2 ed.). México: FCE.

- Husserl, E. (1991). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental. Una introducción a la filosofía fenomenológica*. (J. Muñoz y S. Mas, Trad.). Barcelona: Crítica.
- Jay, P. (2010). *Global Matters: The Transnational Turn in Literary Studies*. Ithaca: Cornell University Press.
- Lawall, S., y Mack, M (Ed.). (2002). *The Norton Anthology of World Literature* (2 ed.). Nueva York: Norton.
- Lechner, F. J., y Boli, J. (Ed.). (2000). *The Globalization Reader*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Lefebvre, H. (2000). *La Production de l'espace* (4 ed.). París: Anthropos.
- Lefebvre, H. (2009). *State, Space, World: Selected Essays*. (N. Brenner, G. Moore, y S. Elden, Trad.). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Manning, S., y Taylor, A. (2007). *Transatlantic Literary Studies: A Reader*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Marx, K. (1973). *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy (Rough Draft)* (M. Nicolaus, Trad.). Harmondsworth: Penguin.
- McClenen, S. A. (2005). Inter-American Studies or Imperial American Studies? *Comparative American Studies*, 3(4), 393-413.
- McClenen, S. A. (2007). Area Studies Beyond Ontology: Notes on Latin American Studies, American Studies, and Inter-American Studies. *A contracorriente: Una revista de historia social y literatura de América Latina / A contracorriente: A Journal on Social History and Literature in Latin America*, 5(1), 173-184.
- Mignolo, W. (2003). *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, and Colonization* (2 ed.). Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Miyoshi, M. (2011). Turn to the Planet: Literature, Diversity, and Totality. En L. Connell y N. Marsh (Ed.), *Literature and Globalization: A Reader* (pp. 133-139). Londres: Routledge.
- Moretti, F. (2000). Conjectures on World Literature. *New Left Review*, 1, 54-68.

- Moretti, F. (2005). *Graphs, Maps, Trees: Abstract Models for a Literary History*. Londres: Verso.
- Nederveen Pieterse, J. (2000). Globalization as Hybridization. En F. J. Lechner y J. Boli (Ed.), *The Globalization Reader* (pp. 99-105). Oxford: Blackwell.
- Nietzsche, F. (1979). *La gaya ciencia* (P. G. Blanco, Trad.). Barcelona: José J. de Olañeta, Editor.
- Nietzsche, F. (1980). *Más allá del bien y del mal: Preludio de una filosofía del futuro*. (A. Sánchez Pascual, Trad.). Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F. (1984). *Humano, demasiado humano*. (C. Vergara, Trad.). Madrid: EDAF.
- Ortega, J. (2006). *Transatlantic Translations: Dialogues in Latin American Literature*. Londres: Reaktion.
- Ortega, J. (Ed.). (2012). *Nuevos hispanismos. Para una crítica del lenguaje dominante*. Madrid y Frankfurt am Main: Iberoamericana y Vervuert.
- Papacharissi, Z. (2011). Conclusion: A Networked Self. En Z. Papacharissi (Ed.), *A Networked Self: Identity, Community, and Culture on Social Network Sites* (pp. 304-318). Nueva York y Londres: Routledge.
- Pérez Firmat, G. (Ed.). (1990). *Do the Americas Have a Common Literature?* Durham: Duke University Press.
- Robertson, R. (1995). Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity. En S. L. Mike Featherstone y R. Robertson (Ed.), *Global Modernities* (pp. 25-44). Londres: Sage.
- Santiáñez, N. (2007). Literature as Discipline: The First Chair of Literary History in Spain (1786-1802). Dieciocho. *Hispanic Enlightenment*, 30(2), 315-337.
- Sassen, S. (1991). *The Global City*. Princeton: Princeton University Press.
- Sassen, S. (1996). *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*. Nueva York: Columbia University Press.
- Sassen, S. (2006). *Cities in a World Economy* (3 ed.). Thousand Oaks, CA: Pine Forge.

- Sassen, S. (2008). *Territory, Authority, Rights: From Medieval to Global Assemblages* (Ed. actualizada). Princeton: Princeton University Press.
- Saussay, H. (Ed.). (2006). *Comparative Literature in the Age of Globalization*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Scholte, J. A. (2000). *Globalization: A Critical Introduction*. Nueva York: Palgrave.
- Sklair, L. (1991). *Sociology of the Global System*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Smith, N. (2008). *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space* (3 ed.). Athens: University of Georgia Press.
- Soja, E. W. (1989). *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. Londres: Verso.
- Soja, E. W. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Oxford: Blackwell.
- Spivak, G. C. (2003). *Death of a Discipline*. Nueva York: Columbia University Press.
- Spivak, G. C. (2012). *An Aesthetic Education in the Era of Globalization*. Cambridge: Harvard University Press.
- Stiglitz, J. (1999). *Globalization and Its Discontents*. Londres: Penguin.
- Trumpener, K. (2006). World Music, World Literature: A Geopolitical View. En H. Saussy (Ed.), *Comparative Literature in the Age of Globalization* (pp. 185-202). Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Wallerstein, I. (1974). *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*. Nueva York: Academic Press.
- Wallerstein, I. (1980). *The Modern World-System: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*. Nueva York: Academic Press.
- Wallerstein, I. (1989). *The Modern World-System: The Second Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1750-1840s*. San Diego: Academic Press.
- Wilson, D. (2000). *Cervantes, the Novel, and the New World*. Oxford: Oxford University Press.